

Un cúmulo de preocupaciones que se transforma

Fue un embotamiento sentimental: confusiones, recelo, desesperación. El hombre salió rumbo a una explanada verde, cercana a su casa, para olvidar la tremenda discusión que había tenido con su esposa. Se acostaría en el césped, era su plan maestro. La esposa —que en cosa de seis meses había engordado bastante— se quedó gritando. Todavía el hombre alcanzó a oír un montón de groserías tras haberse alejado unos trescientos metros; por mero instinto se tapó las orejas: sus manos temblaban. Así llegó hasta donde quería. La soledad campestre, expansiva, tenía que traerle muchas y buenas ideas. Sin embargo, de pronto la intemperie tuvo una variación muy rara. Se nubló tanto que pareció anochecer de inmediato, en pleno mediodía. Esa brusquedad trajo una negrura novedosa, sin estrellas, horrible, algo así como la desaparición de todo lo visto a la redonda.

Fue un martes de febrero cuando ocurrió aquello. Hubo ecos por ahí y por allá, además de algunos truenos, ciertos clamores y pocas risas. El alivio general aconteció dos horas después cuando sobrevino un vuelco juguetón: las nubes huyeron con una rapidez inexplicable, dejando un cielo despejado, sorpresivo. Lo bueno fue que —para bienestar de la gente— aparecieron las cosas mucho más coloridas, como si lo de abajo tratara de alegrar a lo de arriba.

Más bien fue un truco de la atmósfera.

También hay que hablar del viento rugiente atravesando la duración del fenómeno, del volar de las hojas de los pocos árboles habidos, del correr de unas veinte personas asustadas

y, desde luego, del hombre que permaneció imperturbable tras decidir acomodarse sobre una pequeña estribación de piedra; parecía estar embebido en un cúmulo de preocupaciones, mirando un punto fijo en la hierba. Tan profunda era su interioridad que lo exterior no lo distrajo en absoluto. Hacia el atardecer el viento intensificó su fuerza: se estaba formando un remolino y lo peor fue que hubo gritos huyentes y se oyeron algunos crujidos tremebundos. Pero él ni se inmutó, sólo se dijo a modo de refuerzo: *Si el viento agarra más velocidad, me acuesto bocabajo sobre la hierba*. En efecto, el remolino fue creciendo en ancho y en largo sin acarreo de escombros menores; además, el albur de la subida: una espiral que se bamboleaba sin ton ni son, queriendo semejar un embudo. Cuántos ojos para mirar desde las ventanas. Cierto que no toda la gente estaba estremecida, mucha ignoró lo de afuera como si se tratara de un asunto fugaz. Otra intentó encender sus televisores para ver si daban noticias al respecto, pero la luz eléctrica se había ido. Lo malo era que lo fugaz no parecía serlo. Aquello era de rastras persistentes. Seguro pasará. *Que* pase pronto. *Que* no haya empeoramiento. *Que* venga la normalidad, lo claro estable. Y poco a poco los rezos empezaron, muchos insulsos, titubeantes. Un buen número de personas (unas veinticuatro) optó por no seguir mirando aquel fenómeno que tal vez se volvería monstruoso. Pero el remolino no ocasionó nada digno de mención, ni siquiera uno o dos cables de luz eléctrica cayeron al suelo y ningún techo endeble voló. Lo único sobresaliente de todo esto fue ver de lejos al hombre acostado: fue visto por pocos (unos seis). Quienes lo vieron temían que la furia del viento lograra levantarlo como un papel de lija y transportarlo hasta quién sabe qué geografía. Nomás de imaginar el cuerpo desmirriado dando maromas sin cesar

como si se tratara de un cirquero habilidoso, cualquiera se quedaría estupefacto. Eso mismo debió pensar el hombre; debió pensar que con tanta voltereta sus preocupaciones se modificarían favorablemente. Si había huido de su casa fue porque no quiso golpear a su esposa (nunca lo había hecho ni deseaba hacerlo ahora) y, por supuesto, para ordenar todo lo que valía la pena. Podemos añadir un motivo más: él temía que su mujer lo rasguñara, que se abalanzara sobre su rostro y con sus uñas filosas le rallara los cachetes.

Fijaciones. Azares.

Sin embargo por acá, para fortuna de Dámaso, el centro de la vorágine pasó como a treinta metros de él que, tras aferrarse a la hierba, se dijo: *No sé si sea para bien que el viento me levante y me lleve lejos. A mí lo que me corresponde es agarrarme con fe de lo que esté a mi alcance. Sé que si me mantengo acostado no me pasará nada y mis ideas cambiarán.* Y cambiaron, poco, pero... Lo bueno de todo esto fue que Dámaso quería llegar sonriente a su casa, con la mira de hacer las paces con su esposa.

El retorno fue lento: dudas y correcciones. Se detuvo tres veces... Más apropiado es poner de una vez a Dámaso abriendo la puerta de su casa. Acto seguido: la entrada ufana con pisadas ruidosas. Sólo que... su amada no estaba: *Virtudes... Virtudes... ¿dónde andas?* No, ni la más discreta respuesta. Dámaso dedujo que su mujer también había salido al campo para calmarse y que, para su desgracia, la furia del remolino la había levantado con facilidad para llevársela dando volteretas por los aires, pero tras considerar su enorme gordura, ¿el viento podría siquiera alzarla?... Etcétera... De lo contrario, ¿a dónde había ido? La casa de su madre se ubicaba a una distancia de veinte kilómetros, en la orilla sur de otro pueblo, ¿a poco caminó sin problemas hasta allá? Pudo haber abordado un camión foráneo. No era caro el pasaje.

Y la ocurrencia instintiva de Dámaso: encender el televisor, pero la electricidad no, todavía no... Y la incertidumbre: ¿qué hacer pronto? Y la opción de salir de nuevo a la intemperie... mmm... Preferible esperar a que algo agradable sucediera allí adentro. Que regresara la esposa en menos de una hora y dijera “ya llegué, mi amor”, o que hubiera una mejoría mínima e inenarrable, pero oscureció poco a poco y ni Virtudes ni la electricidad regresaron. Lo que sí que devino la más obvia consecuencia en esas circunstancias: una gran pesadez para Dámaso. Huelga decir que padeció un insomnio colmado de monotonías cuya duración se prolongó hasta la madrugada, cuando por fin se quedó súbito. Ya despierto: ¡ah!: la acción: encender el televisor mecánicamente. De nada le sirvió porque en ese momento no había noticieros en ningún canal, sólo películas sin chiste; programas memos de entretenimiento; mucho análisis filosófico (futbolero) y otros tantos asuntos variopintos que para qué enumerar. Pero de siniestros nada. Quizá Dámaso querría ver volar a su esposa por la tele, identificarla bien a bien para angustiarse con razón. Lo natural era dirigirse a la casa de su suegra.

Ella no tenía teléfono, ¡qué lata! Viaje en camión foráneo. Veinte kilómetros. Etcétera. Ya pues: la inercia: la aceleración. Virtudes allá: niñita: tal vez acurrucada buscando el consuelo supremo en los carnosos brazos de su madre.

Dámaso sabía que su mujer rentaba un puesto de frutas en un tianguis, mismo que se instalaba lunes, miércoles y viernes a espaldas de la catedral del lugarejo. Allí debería estar pintiparada gritando su mercancía, muy quitada de la pena. Ese día era miércoles y, no obstante, Dámaso eligió lo más seguro: primero la casa de allá: lo furtivamente cariñoso. Ahora lleguemos lo más rápido posible al encuentro entre suegra y yerno. Ambos se deslumbraron al enterarse de que la hija ¡no!, ¡caray!, ¡no! ¿Pues qué había pasado? Entonces ¡la búsqueda!: ¿por dónde empezar? ¡El tianguis! La suegra estaba medio enferma como para andar del tingo al tango, pero se animó. Necesitaba una inyección de vida y dijo enfática: *Con tal de ballar a mi hija, voy cojeando adonde sea.* ¡Qué bueno que tuvo esa actitud!

Ahora sí imaginemos a ese par en franca conversación afligida, también acelerada y terrorífica, en pleno trayecto, ambos sentados buenamente, porque casi en un dos por tres abordaron uno de los tantos camiones cuya ruta tenía como punto final el mero corazón del lugarejo... así acudieron complacidos, llenos de esperanza y... ¡puf!... no la hallaron. Con cuanto tianguero se iban topando le hacían la pregunta consabida, las respuestas sonaban invariables: *No sabemos dónde anda Virtudes, o: Tal vez después tengamos noticias, o: lo malo se sabe pronto, si es que es malo.* O sea: ningún norte. Por desgracia, el cansancio apareció bien pronto: luego de dos horas de indagación, porque ¿para qué más husmeo sin tener pistas?, por tal motivo se decidieron por el recurso más llano: dar parte a la policía. Eso sería mañana o pasado mañana cuando suegra y yerno trajeran a la comandancia una fotografía más o menos reciente de Virtudes. Por lo pronto el dúo se trasladó a la casa de Dámaso, era el lugar indicado para conseguir la foto y esperar tranquilamente el regreso de la desaparecida, pero ni ese día ni esa noche ni a todo lo largo del jueves ocurrió lo deseado. Antes—además—Dámaso acudió a cuatro casas de vecinos: los saludadores de siempre; la pregunta: se infiere: que si habían visto a Virtudes caminar por la calle ¿ayer?, ¿anteayer? No, pues no, ni sus luces. Se deduce que la suegra se quedó a dormir en la tal casa y por supuesto no se iría a la suya hasta no saber el paradero de su única hija. Ahora desviémonos un poco, he aquí una información que servirá para llegar de otro modo adonde estamos: Dámaso se había jubilado hacía apenas dos meses. Después de haber sido durante treinta años un burócrata ejemplar, gozaba ahora de la ociosidad y la abulia que mejor cuadran en el comienzo de la etapa declinante de la vida: un cincuentón hecho y derecho, pero también un hombre con ideales empantanados, tendente a buscar grisuras en todo, discuidor de insuficiencias y malhumorado sin razones de peso. Pues bien, durante esas horas inciertas en compañía de la suegra, Dámaso no hizo más que

enredarse en cosas de veras deplorables, basta mencionar una, bastante retorcida, la maquinada con rapidez: que otro remolino explícito hubiera levantado a Virtudes por los aires para llevarla hasta un confín desconocido, incluso deshabitado, donde tal vez caería dando un azotón rompehuesos y ahora estuviera moribunda o bañada en sangre o de una vez muerta. Debía haber otras variantes del caso, pero ante tal escena descrita con pavor la suegra no hacía más que mover su cabeza de un lado para otro, negando con aplomo. No le daba la gana aceptar que su hija tuviera un final tan desgraciado. Preferible pensar en algo viable y suave. En principio, llevar cuanto antes la foto de Virtudes a la comandancia de policía e imaginar una historia bella: que ella se había tomado unas vacaciones alejándose de todo lo conocido para después regresar con gran ahínco a vivir lo de siempre: la vida en pareja: sin hijos; vida madura más dulce que agria. Desde luego que Dámaso no le había contado a su suegra nada relativo a la tremenda discusión que propició la separación temporal, ¿para qué ponerla al tanto de esa tontería? Por consiguiente, optemos —como optó Dámaso— por encontrar la foto de Virtudes. Fácil la localización en un trinchador de seis cajones. Estaba en el de mero abajo y hasta el fondo. Tesoro a colores —*¡aquí está!, ¡mírela!—*: foto grande: y: ambos se fueron entusiasmados... en camión de ruta ojojo!... Cuando Dámaso puso en manos de un jefe encachuchado aquel primor de placa, el asunto se enfilaba por otro rumbo: cosa ajena la pesquisa, cosa de días, de semanas, de años. Puro azar.

Lo postrero podemos intuirlo. La suegra, llamada Carlota, viviendo en... Antes fueron a la casa de ella por una muda de ropa.

Acto seguido: la cotidianeidad más crasa: flamante ama de casa: ella —casi como modelo de quehacer—: barría, cocinaba, limpiaba cuánto, mientras que Dámaso, con maravilloso beneplácito, miraba su movilidad renga. Vieja pero hacendosa. Enferma pero imparable. Jamás se sentaba. ¡Cómo no admirarla!

Él a veces se salía para matar sus fastidios, siempre se dirigía a la explanada verde con el fin de enderezar lo chueco de cuanto cavilaba. Al cabo de tres días Dámaso se llenó de optimismo.

Al cuarto día hubo un descenso espiritual. En la explanada su tristeza fue ganando terreno. El alma de este hombre tenía un nudo o algo parecido. Lo cierto es que la suegra era la persona menos indicada para enterarse de esa extrañeza. La alternativa (ridícula) sería gritar a los cuatro vientos: *¡Virtudes!, ¡ven!, ¡te necesito!* Si lo hiciera seguramente recibiría una respuesta ambiental, un cariz de voz ululante, una frase grata... ¿de Virtudes?

De por sí Dámaso gritó a lo loco una demasía de incoherencias, tantos apitos sentimentales, tantas necesidades inexplicables que, quien las oyera, no sabría claramente qué. ¿Repeticiones?, ¿vaguedades? Así empezó otra vez a cambiar la atmósfera. Mediante sutilezas que se engrosaban se susci-

taron nacientes giros de aire que gradualmente alcanzaron un vigor sin igual. En lo alto lo feo: el cielo engarruñándose a placer: nubes membranosas queriendo hacerse bolas mientras se acentuaba un solo color. Todo parecía recibir brochazos de negrura. En un dos por tres se formó un remolino mucho más intenso que el anterior. Tan repentino fue el airón que a Dámaso no le dio tiempo de tenderse en el suelo. Sí: el viento lo levantó como un albarán: ¡hazaña!; lo hizo girar —*joh cirquero!—*: maromas después. Muchas. Tal facilidad. Y el flacucho ganó altura y tras de los vidrios de las ventanas fue visto por unos seis: espectáculo único: viaje aéreo en volanfín. Pero lo tremendo consistía en no saber hasta dónde llevaría el remolino al señor. Lo cierto es que nadie se atrevió a salir de su casa. Total que ¿cuánta geografía por venir? Lo cambiante no percibido porque el susodicho prefirió cerrar sus ojos. Aguante. Mareo. Aturdimiento. El vuelo en molinete ¿cuándo perdería fuerza? Para Dámaso los segundos parecían horas y los minutos casi un día y, bueno, por fortuna, no llegó tan lejos. El remolino se deshizo al chocar contra unos nogales. O sea: un trayecto de ¿seis kilómetros?, ¿por ahí? Lo malo fue que el flacucho se estrelló contra las robustas ramas de esos árboles y —obvio— se hirió de a de veras y hubo sangre por doquier. La caída tras el encontronazo. En el suelo la maleza: cuasi blandura, ninguna espina. Logro. Aunque hubo largos quejidos. Cosa lógica: y el avance. La recuperación redondeándose, mal que bien. ¿Cuándo incorporarse? Dámaso antepuso sus niveles de sufrimiento. Se quedó tendido sobre la maleza muelle. Al permanecer en tal posición tuvo una suerte de chispazo. Se dijo: *Tengo que quejarme más fuerte para que alguien me oiga. Además tengo razón.* Y la variedad quejumbrosa, tesonera. Después de media hora vinieron unos campesinos a auxiliarlo.

Carga: tres hombres, seis brazos: fuerza de sobra. Primero lo llevaron a una choza, misma que estaba a un kilómetro de distancia. Paraje arbolado, bonito. Frescura diferente con respecto a la de la explanada. Qué tan lejos, qué tan cerca... mmm... En fin. Ahora veamos otra ventaja. Da la casualidad de que cuando llegaron a la choza allí estaba una camioneta destartada, propiedad de un agricultor, quien dijo: *Yo lo llevo a la Cruz Roja. Sólo necesito a un hombre para que me ayude en lo que haga falta.* Arreglo, pues. Viaje. El hospital —*¡jea!*— era el del lugarejo en mención. Dámaso se desangraba. No se puede decir que fuese grave el goteo, pero sí embarrador. Poco ensangrentado el asiento de tres plazas de la camioneta. Así: molestia en tránsito, pero también la pronta consecuencia: la atención allá, de inmediato unos camilleros colocaron a Dámaso sobre una cama limpia. Cama número cuatro, de veinte habidas en una sala magna. Diecinueve pacientes con bata, en acueste. Por estar lúcido el recién llegado, un médico le pidió que le contara, sin tanto detalle, la causa de tantas heridas y tantos moretones, pero Dámaso no tenía ánimo de contarle a nadie lo inverosímil de su vuelo y su caída, ¿le

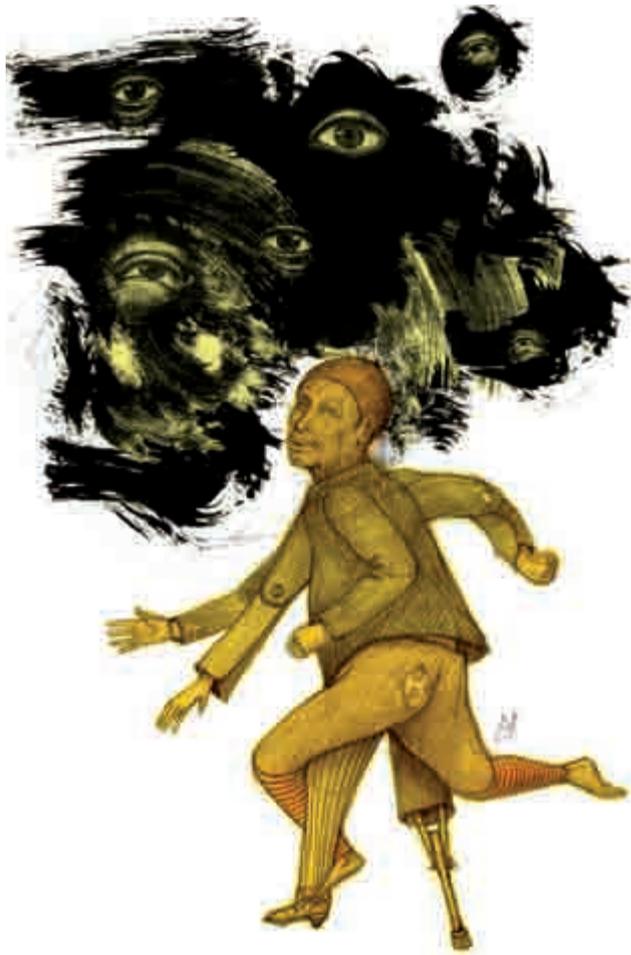


Ilustración: Letras Libres / Mauricio Gomez Morn

creerían? En cambio sí le dio la dirección de su casa y con parsimonia le describió la manera de llegar. Quienes se enfilaran al lugar señalado encontrarían a su suegra: una señora medio arrugada y de pelo rizado que respondía al nombre de Carlota Abaroa; que viniera, que el accidente... Etcétera. Pero ordenemos esto: luego de la revisión minuciosa del cuerpo de Dámaso, el médico decidió aplicarle una serie de curaciones mínimas y darle analgésicos. Así que su estancia en la Cruz Roja... mucho menos de una hora. Deducción: no irían por la suegra: sino: una ambulancia llevaría al herido a su casa. Ambulancia triunfal sólo pitadora al llegar a la casa indicada. Último procedimiento: como no resultó tan grave lo que le había pasado a Dámaso (contusiones menores, cero fracturas, un leve esguince), la suegra podía ponerle compresas y alcohol y vendas y ya.

Antes la sorpresa de Carlota. La historia infeliz de una ausencia. Dámaso fregado. ¡Qué barbaridad! ¿Cuál historia vendría? ¿Y cuándo Virtudes estaría por acá? Y por ahí la tonga de preguntas mentales. Por lo pronto he aquí la recomendación de un enfermero: a causa de que el herido no necesitaba

hospitalización, la señora podía curarlo así y así: el uso de las compresas (material donado en el acto); todas las demás menudencias también dadas prontamente. Poco a poco el goteo sanguinolento disminuiría y: lo óptimo: en unas setenta y dos horas el enfermo estaría como nuevo; antes la lata, la paciencia, el mimo. A Carlota ya no le explicaron más. Adiós.

Siguieron los días de convalecencia. Carlota, asumida como enfermera responsable, estuvo al cuidado de Dámaso que, acostado en su cama, hacía las veces de un recién nacido. Muchas horas de lasitud, dormerío y reacomodo, ¡vaya!, ¡vaya!, y cuando despertaba exigía sobo y palabras de halago. Madurez, entonces, porque, aún así, las dulzuras verbales las hubiera querido escuchar en voz de Virtudes: sorpresa al abrir los ojos, pero no, era la suegra la sustituta. Cara arrugada risueña; voz sepulcral, manos pulpejas con ganas de acariciar cabeza y cutis. Pero las compresas... Al respecto hay que decir que Carlota hacía las curaciones cada quince minutos, estuviese Dámaso como estuviese; pequeñeces, pues, que la sangre no escurriera; ningún hilo grueso, ¡atención!, y las pastillas para las dolencias cada seis horas. Por tal continuidad de cuidados la suegra decidió compartir la cama con su yerno, en la noche nada más. Pero sin que él se diera cuenta. Cama matrimonial, espacio suficiente. La atención se hacía cada vez más amorosa, a fuerzas... Y Virtudes no llegaba.

A los tres días de cura, Dámaso pudo ponerse de pie. Dificultad de pasos con apoyo en un hombro de la suegra, que sirvió de bastón. Sin embargo, después de tres metros de avance una gama de dolores se presentó. No más y... De nuevo a la cama, ¡carajo! Pero los intentos por caminar eran día tras día más esperanzadores. *Ya estás pudiendo más*, decía Carlota con alborozo, aunque lo cierto aún permanecía oculto, debido a que por más que Dámaso intentara recomponerse, no, todavía no; todavía lo normal estaba lejos. Tanto mejor para la suegra que, en una de esas noches, al compartir la cama, abrazó a su yerno con delicadeza. Él dormido—¡qué bueno!—, indefenso, extraviado. O sea: ¿qué tal si envalentonada lo acariciaba; sólo una caricia larga, pues, más sensual?, con tiento obsceno (muy poco), no esperando mínima respuesta. El plan de Carlota se calentaba a fuego lento. Tenía que percibir el letargo súbito de su yerno, que un mimo lascivo fuese parte de un figureo fugaz del sueño de él. El plan se redondeó, la espera. Así, por ahí por la madrugada ¡a darle suavemente! Cálculo, observación.

Ella y su deseo en leve crecimiento al paso de las noches. Intención que casi, cualquier cosa ya, pero huelga decir que Carlota no estaba dispuesta a equivocarse, como ser que de pronto Dámaso se despertara desconcertado, que la insultara, que la abofeteara, que eso tan feo y más que eso. Por ende, la caricia debía ser exacta: que el enfermo sintiera, pero no tanto... Las noches eran todo un tiempo muerto, como el de un galerón vacío y luengo, lleno de ruidos ínfimos: sólo largueza no propicia para avivar ningún ánimo. Y hubo una

noche que sí, parecía un colmo de somnolencia. A saber en qué remoto sueño andaba el yerno. Los sueños profundos son blancos, como la nada, y una caricia es la nimiedad que puntea apenas...

Cálido habría de discurrir lo epidérmico...

La suegra mañosa ¡dándole!...

El recorrido por la piel era una suerte de amasamiento levísimo que no hacía más que meter a Dámaso a un túnel más iluminado e inverosímil...

Tránsito hacia una festividad que quizá fuese decepcionante: sin brillos, sin risas, sin palabras que sonaran a consuelo. Lo presente distante y lo distante ambiguo. Mundo que se opacaba pasitamente como si se arrugara un papel carbón...

Y hasta ahí el repaso suave, preciso. Lo venidero sería el despertar de Dámaso y para qué exponerse a tanto. El plan debiera contener más incisos, por ejemplo: cada noche un poco, un hacer despacioso, algo chusco, una dosis de caricia sin culebreo extra. Desde luego, porciones de aumento vez tras vez, no sin que Carlota estuviera alerta a las reacciones subconscientes de quien posiblemente soñaba con su esposa: quizá que le enviara vibraciones silbadoras; quizá ella se encontrara plácida arriba de una loma muy pelona, riéndose de la situación; pero para qué suponer desde acá... La suegra quería sentirse de nuevo una esposa valiosa. Su marido se le había muerto hacía dos años, lapso todavía inacabado como para ignorarlo por completo. Cierzo que Carlota quedó muy bien solventada: casa propia; el dinero mensual de la jubilación de su marido íntegro para ella; bueno, con esas dos cosas qué más reclamación. Sin embargo, el lastre cachondo. Cabe ilustrar que aun cuando ya estaban viejos, aquellos esposos se hacían caricias, nada más caricias servibles, algo desordenadas. El amor todavía. Tal titilación, tal encomio, y como Carlota extrañaba aquel gozo, pues con el yerno ¿eh?, lo que se pudiera...

Se pudo otras tres noches.

Durante los días los trabajos. Preparar desayuno, comida y cena: lo más laborioso. Es que ella tenía que salir al mandado. Tiendita a tres cuerdas de distancia. Después la experiencia cocinera. Ufana quehacerosa cojeando. Verla. Ay. Verla. Verla. *Ya va a llegar el día que me alivie*, dijo en voz baja Dámaso, para luego de un rato agregar con voz aflautada: *Espero que pronto la policía traiga informes sobre Virtudes*, y diez minutos más tarde soltó una suposición: *Yo creo que mi esposa no sufrió ningún accidente, ya se habría sabido*. Carlota oyó con afabilidad, querría no responder, pero no tuvo más remedio que decir unos "sí" secos. Así que nosotros también podemos oír frases escuetas como estas: "todo va a cambiar"; "ten paciencia"; "sólo Dios sabe lo que urge". Y el amodorramiento de Dámaso se aplastaba a las mil maravillas.

Continuaron las caricias nocturnas. La suputación no podía rebasar límites. Los dedos de Carlota se movían apenas sobre el cutis medio rasurado de Dámaso; el más leve movimiento de él le indicaba a ella la conclusión del mimo. En una

de esas noches, hacia la madrugada, la vieja tuvo un atrevimiento no exagerado: acercó su boca senil al cachete izquierdo del convaleciente, quien estando en el quinto sueño no sintió la dosis de saliva. Es que la suegra, confianzuda, puso después sus labios sobre los labios de... y el besar pecador, como alza emocional. Es que procuró hacer un juego de mucho acomodo de labios, aun con las bocas cerradas. Así estuvo hasta que... El yerno se despertó tirando manotazos:

—¿Qué pasó?... ¿Eh?... ¡Dime!... ¿Qué has hecho?... ¿Me estabas besando?

—No, ¿cómo crees?

—Entonces ¿por qué estás aquí acostada en mi cama?

—Tuve un poco de frío y busqué calor... Soy un poco sonámbula.

—Sentí tus labios sobre mi boca. Un besote tuyo, un ensalivado.

—Mmm... Todavía no despiertas.

—¡No te hagas guaje! Me besaste sin mi permiso.

—Bueno, sí, un poco.

—¿Por qué lo hiciste?

—Porque extraño a mi marido. Sé que él está muerto... ¿Qué puedo decirte?... Perdóname, quise verte como si fueras él.

—No lo vuelvas a hacer. Eso a mí me da asco.

—¿Asco?

—Sí, asco, muchísimo.

Ninguno de los dos añadió una palabra. Tiento a tiento la suegra se dirigió a una cama individual, fría. Ambos tardaron en reanudar el sueño. Silencio redivivo, de ideas discontinuas, de trazos sin chiste... en la oscuridad... Poco después amaneció. Dámaso fue el primero que abrió los ojos y al ver la figura algo rechoncha de su suegra, yaciente en aquella cama fregada, no pudo más que imaginar una ridiculez: ¿qué tal que ella sustituyera en definitiva a Virtudes? Era más hacendosa, más responsable. Los platillos que preparaba tenían un sabor tan especial que ¡qué bárbara! Barría y trapeaba mucho mejor. La casa era un espejo, un inmueble con hartos brillos salidos de los recodos más impensados, pero lo malo era la vejez de Carlota. Simplemente el cuerpo de Virtudes no tenía igual, sí gorda y fofa y todo lo que se quiera: así la quería. Cuerpazo, de resultas, bien caliente. O dicho de otro modo: el amor soluciona. Y aunque hubiese cincuentonas curvilíneas, nadie remplazaría a Virtudes. En cambio, Carlota, casi octogenaria, piel colgante, caduca. Cierzo que su bondad, su disposición... mmm... Olvidar la ocurrencia mañanera. De veras olvidarla.

Conforme avanzaban los días la recuperación de Dámaso iba muy de subida. Cada vez más móvil, más parlanchín, más con ganas de salir del ostracismo. Alegría todo el tiempo para la suegra, desde luego, aunque de hecho aún no tuviera la más ligera intención de volver a su casa. Lo real: Virtudes no aparecía. Ninguna noticia de refilón, de alguien, un tianguero,

nadie, ni la policía, misma que: bien, gracias; y ni para qué ir a la comandancia a preguntar ¿verdad?

Ya totalmente rehabilitado cierto día Dámaso quiso pasearse por la explanada verde. Lo anunció animoso y Carlota lo detuvo.

—No vayas a ese lugar.

—¿Por qué?

—Te trae mala suerte.

—Bah, no debería importarme.

—Tuviste un accidente y Virtudes todavía no regresa, ¿te das cuenta?

—Te repito que no me importa.

—Te vas a arrepentir.

—Iré. ¡Déjame!

Salió el flacucho, desoyó lo de atrás. Tras haberse alejado unos trescientos metros aún las súplicas de la suegra lo alcanzaron, por mero instinto se tapó las orejas: sus manos temblaban. Hacía un clima fantástico en el lugar dizque prohibido. La piel parecía experimentar un ensanche.

Nadie andaba por ahí, ni vagos ni alguien más. Dámaso se sentó sobre un pequeño montículo como si dudara al hacerlo, puesto que tenía la sospecha de que de inmediato comenzaría un remolino. Pero valiente, ¡pas!, lo hizo. Nada brusco habría de pasar en esa soledad holgada. No hubo ideas trastornadoras. Cero ruidos que no fueran los normales de la naturaleza. Allí estuvo el flacucho en santa paz durante unas tres horas, lapso en el que serpenteó una evolución más bienhechora que malhora. El pensamiento hacía las veces de un motor cuyo ritmo era uniforme. Las ideas tenían auge y quedaban —pendientes, quizá— en lo alto de las copas de los árboles, lo escaso, por supuesto, en fiable equilibrio. Serenidad crónica para un solitario que probablemente ya nunca más sería. Entonces la mejora, las recompensas, todo lo venidero a favor. Y Dámaso regresó a su casa fortalecido, con enormes deseos de sacar a flote la cantidad de cosas que hubo imaginado en la explanada. Una hora de corrección luego de dos horas de soltura futurista. Situemos al flacucho abriendo la puerta de su casa y avancemos a su lado: *Querida suegra... Querida suegra... ¿dónde andas?* No, ni la más discreta respuesta. Sin duda, Carlota se había ido a su casa. ¿Quién se la llevó?, ¿a poco decidió irse por su propio pie? Dámaso tenía que activarse. Cierta que le dolían algunas heridas que aún no le cicatrizaban del todo, pero... La ida hasta... Veinte kilómetros... Etcétera. Usó un camión foráneo.

La explanada verde: la eterna sorpresa, poco más, poco menos.

Referencia. Sello desde temprana hora. *Te trae mala suerte. Voz del diablo ¿o qué?*

Dámaso no entendía el porqué ni Virtudes ni Carlota le habían dejado un recado. *Parece que se burlan de mí. Yo no quiero jugar a nada.* Endenantes lo estaba adivinando. *Mi suegra no*

estará en su casa. Pensamiento camionero. *¿A poco porque fui a la explanada verde todo se transformó?* Desde qué ignota hondura le había dicho la suegra aquello de “te trae mala suerte”. Se desmoronaba la lógica, más en razón de que, en efecto, la vieja no se encontraba en su casa. Dámaso tocó la puerta de entrada de la casa y nadie, carajo. Incluso mató el tiempo dándole la vuelta a la manzana de aquella orilla pueblerina y también se tomó un refresco despaciosamente y volvió al lugar y... Debía esperar a Carlota sentado en la banqueta de allí. Horas, las que fueran, ya que era la única mujer íntima que le quedaba. *Si no es Virtudes será Carlota. En estas circunstancias me da igual.* Dámaso esperó estoico. Inútil lo perenne del aguante. Nada, pues. Casi medio día entero. Lo anochecido lo incitaba a continuar con su propósito: sí, no; sí, no, y más tarde sí. Se durmió en la banqueta, sin importarle que pareciera un borracho sin derrotero. *Que me critiquen, pero yo quiero ver la aparición de mi suegra.* Y se durmió victorioso. A medianoche gritó “¡Carlota!” *¿Por qué no le bice caso?* y hacia la madrugada gritó “¡Virtudes!” *¡Respóndeme!, aunque sea en secreto.* Ninguna de las dos. Duermevela declinante. Entrar, entrar, sin saber cómo. La suerte aplasta, a veces engegece. Si es mala es creciente; si es buena es cimera y puede derretirse. Carlota y Virtudes viajando en el aire —¿sería?—, hasta abrían sus brazos para simular alas efectivas. ¿Hasta dónde su fin? Si descendieran a la tierra estarían dispuestas a volver a casa, cada una a la suya. Ver cuando ya: ambas caminantes. Se despedían, mano en lo alto. Regresos oníricos, con un matiz de certidumbre. Y vaguedad después: entre claridades amarillas: fondo que se engrandece. Allá en la explanada verde la escena femenina. El espacio del aterrizaje señero. Buen augurio, en consecuencia. Lo que antes fue siniestro ahora sería provechoso. Concepto craso, definitivo. Cosa de convencimiento, en ascenso. Dámaso despertó. Lo despertó el relente del amanecer. Tardanza de conexión con lo real...

Cuando se dio lo deseado, ya el recién despierto tenía un plan expuesto a una —tal vez— docena de enmiendas. El camino de regreso serviría para poner y quitar mentalmente. *Si me acosté en la banqueta es por algo. He tenido un sueño revelador. La explanada verde tiene que ser benigna, no es posible que me traiga mala suerte.* Dámaso supo que no debía regresar a su casa, sino ir directo a acostarse en el césped conocido y esperar vibraciones. Descartaba, por supuesto, que se formara un remolino. Eso era tiempo pasado. Ahora la novedad clemente. Ya ningún truco de la atmósfera. Ya no, porque no.

Así la llegada, heroica debía ser.

El aire de las diez de la mañana parecía una caricia larga de mujer.

Cargarse al tope, ¿cuánto? *Siento que me invade una energía que viene de muy lejos. Lo recóndito tendría que alargar su envoltura.*

Ser un objeto absolutamente dócil, medio muerto y afable. El dejo. La indefensión. Un forro ambiental que actuaba para

bien. Seducción y embriaguez movedizas. Ay. *El sueño que tuve es el anuncio de las apariciones. ¿Quién vendrá primero?, ¿mi esposa o mi suegra?* Dámaso pensó que las dos caerían del cielo suavemente, se posarían ¿dónde?

Aún faltaba algo de carga. Acueste en el césped. Soberbia relajación. Bruta modorra yapa, cual desviación sugestiva... Por cierto que la explanada verde se empezó a llenar de gente, no era fin de semana, pero... Jóvenes futboleros; viejitos con bastón; dos numerosas familias con asadores y víveres; alguien con un papalote; muchas personas equis. Mundo: allí: despabilado. Y... ¿Por fin llegaba el momento de irse a casa? Dámaso decidió. Debía enfrentar su verdad, esa que era fruto de sus sueños más dislocados (como el reciente) y de la realidad más insólita. Sí: regreso campante, a su casa de siempre, qué más. *Sé que me llevaré una sorpresa, la mejor de mi vida.* No se equivocó. Al estar a unos diez metros de su casa tuvo un chispazo. *No, no entraré. Primero tengo que ver por la ventana.* Poco de rodeo y... el acercamiento para... poco a poco ver. Alarmarse. Maravillarse. En los sillones de su sala rústica estaban sentadas Virtudes y Carlota, risueñas departían como si fueran mujeres liberales. Dos tarros de cerveza: ¡salud! ¡¿Sí?! Por fin el trío. La posibilidad. El anhelo ¿escondido? Dámaso no las llamó. Se quedó estupefacto observándolas. Luego, tras

virar su cara hacia otra parte, se dijo: *Dichosa trinidad. ¿Qué tal si mi suegra vive con nosotros, como un Dios? No tiene caso que se vaya a su casa.* Sin embargo, al entrar adonde debía dio pasos firmes hacia la sala y aquellas no estaban. ¡No! Les gritó por sus nombres, quién sería la primera en salir. *¡Salgan!, pues, ¡ya no se escondan!* Pero nada, no había juego de nada.

Ilusión óptica ¿desde afuera?

Preferible la creencia más benévola. Si Dámaso había visto a sus mujeres tras la ventana debería ser por algo, algo pesado, muy radiante también. Aquella escena plena de felicidad hacía las veces de ensalzamiento óptimo, sólo faltaba él departiendo. ¡Pues sí!

Por lo pronto, rechazo a acostarse en la cama. Negación a tener el más luido recuerdo de lo que fue su convalecencia. Entonces, sentarse en un sillón de la sala y esperar, esperar todo el tiempo que fuera necesario. Si había visto lo que vio, significaba que su mente le endilgaría un deseo tan futuro como certero. Fiesta de tres bebiendo...

Espera alegre. Convencimiento ventajoso, pingüe, de albricias, de colorido insospechado. Y las horas pasaban. Deprisa casi-casi. Anocheció y Dámaso no debió atisbar ninguna contrariedad, siempre positivo, mueca feliz, hasta que —¡ni modo!— empezó a ganarle el sueño. —

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

Manuel Gómez Morín, 1915 - 1939
María Teresa Gómez Mont

“Toda la energía constructiva de la Revolución encarnó en ese hombre inteligentísimo, risueño, carismático y sencillo.”
Enrique Krauze

Rústica: \$499.00
Tapa dura: \$549.00

VIDA Y PENSAMIENTO DE MÉXICO

Los libros del Fondo se venden en todas las librerías de prestigio
Venta en línea: www.libreriasdelfondo.com

68 años
movimiento estudiantil del 68

TLATELOLCO
DIFUSIÓN CULTURAL UNAM

- 2 **David Huerta** | México
- 4 **Luis T. Cabeza de Vaca** | México
- 9 **Denise Dresser** | México
- 11 **Roberto Escudero** | México
- 12 **José Ma. Pérez Gay** | México
- 17 **Marcelino Perelló y Javier Solórzano** (charla) | México
- 18 **Eric Zolov** | Estados Unidos
- 19 **Luis Racionero** | España
- 22 **Jorge Juanes** | México
- 23 **Juan Villoro** | México
- 25 **José Agustín** | México
- 30 **Irene Herner** | México

Entrada libre
Estacionamiento gratuito

CENTRO CULTURAL UNIVERSITARIO TLATELOLCO
Antiguo Edificio de la SRE
Ricardo Flores Magón número 1 esquina Eje Central,
Col. Tlatelolco-Tlatelolco, 06995 México, D.F.
Tel: 5523 0983/55 97 40 81